

V. DOCUMENTOS

Carta de Thomas Paine al Abate Raynal sobre los asuntos de Norteamérica en la que se corrigen y aclaran los errores en el relato del Abate Raynal sobre la Revolución Americana

Introducción

Ismael Romero

Traducción

Ismael Romero y Ricardo Bonet

Resumen

La *Carta al Abate Raynal* fue publicada por primera vez en 1782 como respuesta a la aparición, un año antes, de la traducción al inglés del relato del Abate Raynal sobre la *Revolución en América*. Aunque empieza reconociéndole su estilo al autor de la muy influyente *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias*, le reprocha su falta de sentido práctico, y corrigiendo lo que consideraba errores y falsas suposiciones sobre los orígenes de la Guerra de la Independencia y el papel de Francia en el movimiento independentista, Thomas Paine expone en la *Carta* la dimensión universal de sus principios revolucionarios. Eclipsada por otras obras y pasada por alto, la *Carta*, escrita en el contexto de las negociaciones diplomáticas para la paz, representa un punto de inflexión en el pensamiento de su autor al empezar a pensar en términos internacionales.

Abstract

The Letter to the Abbé Raynal was first published in 1782 in response to the appearance, a year earlier, of the English translation of the Abbé Raynal's account of the *Revolution in America*. Although he begins acknowledging the style of the author of the highly influential *Histoire philosophique et politique*

des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes, then he reproaches him for his lack of practicality, and corrects what he considers to be errors and false assumptions about the origins of the War of Independence and the role of France in the independence movement, Thomas Paine sets out in the *Letter* the universal dimension of his revolutionary principles. Eclipsed by other works and usually overlooked, the *Letter*, written in the context of diplomatic negotiations for peace, represents a turning point in the author's thinking as he began to think in international terms.

Introducción

«mi patria es el mundo, y mi religión es hacer el bien»
Derechos del hombre. Segunda Parte. Capítulo V

Cuando en 1791 se publica la primera parte de los *Derechos del hombre* en respuesta a las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* de Edmund Burke, su autor Thomas Paine (1737-1809), se presenta como secretario de Asuntos Exteriores del Congreso en la Guerra Americana y autor de las obras *Sentido Común* y la *Carta al Abate Raynal*, identificándose así con estos dos escritos y destacándolos como los más ilustres de entre sus publicaciones anteriores. Sin embargo, la importancia que le otorga el propio Paine a la *Carta al Abate Raynal* contrasta con la inadvertencia con la que recopiladores, biógrafos y críticos la han tratado. Pese a su valor en el contexto de la obra y del pensamiento del autor, no tengo constancia de que la *Carta* haya sido traducida al español hasta la fecha y la que pueden leer a continuación le debe sus aciertos a Ricardo Bonet, director de la *Escuela de traductores de La torre del Virrey*, mientras que los errores que pueda contener son solamente míos. Esta introducción está en deuda con un par de estudios que le han prestado a la *Carta* una atención que va más allá del testimonio de los acontecimientos militares que se narran *The significance of the Letter to the Abbe Raynal in the progress of Thomas Paine's thought* de Darrel Abel y el monográfico *The transatlantic republican. Thomas Paine and the age of revolutions* de Bernard Vincent. Ambos ponen la *Carta* en contexto dentro del pensamiento de Paine, y al entender que el progreso de su pensamiento va desde los problemas locales y las angustias personales, pasando por los problemas nacionales y los asuntos internacionales, hasta llegar a la religión en una progresiva ampliación de su humanitarismo activo, puede decirse que este escrito marca una importante transición en el pensamiento de Paine, en el sentido de que a partir de ella comenzó a pensar cada vez más en términos internacionalistas.

Thomas Paine fue sin duda uno de los pensadores más leídos e influyentes de la segunda mitad del siglo XVIII. En 1805, John Adams le reconoce en una carta a Benjamin Waterhouse: «no sé si algún hombre en el mundo ha tenido más influencia en sus habitantes o en sus asuntos durante los últimos treinta años que Tom Paine». Pero pese a la popularidad que alcanzó en vida y que le reconocen enemigos políticos como el propio Adams –con quien mantendría un debate análogo al que protagonizaría con Burke pero a razón de la forma de gobierno que deberían adoptar los recién creados Estados Unidos de América–, Thomas Paine ha sido olvidado durante largo tiempo y el papel que desempeñó en el nacimiento de las democracias modernas apenas es mencionado en los libros de historia. Tras la aparición en 1942 de la biografía novelada que se convirtió en un éxito editorial *Ciudadano Tom Paine*, escrita por el afamado autor de *Espartaco* Howard Fast, y con el creciente interés por los Derechos humanos después de la Segunda Guerra Mundial, comenzó una lenta reaparición de su figura. En 1943 los miembros de una fuerza aérea americana estacionada en Inglaterra se unieron a los ciudadanos de Thetford, lugar de nacimiento de Paine, para comprar una placa conmemorativa en su honor. Y, en Norteamérica, donde todavía encierra una serie de tensiones entre su sociedad que se remontan a los años de la independencia, fueron necesarios varios intentos, para que en 1962 su busto fuese colocado junto a los de Washington, Jefferson y Franklin en el salón de la fama de la Universidad de Nueva York.

Seguramente su olvido se deba a que Paine es un personaje difícil de clasificar, independiente, radical y generoso, tal vez por eso mismo, apunta Bertrand Russell, su fama no es tanta como la que habría conseguido si su carácter hubiera sido menos altruista. El éxito de ventas sin precedentes que supusieron sus escritos y que generaron una gran cantidad de dinero lo donó todo a la causa revolucionaria.

Concebido a sí mismo en la pobreza, fue corsetero como su padre, recaudador de impuestos e inspector de aduanas antes de llegar a América, donde se convirtió en periodista y revolucionario. Con su lenguaje llegó a todo el mundo lector y contribuyó a ampliar el significado de público.

Juzgarlo, y más anacrónicamente, perturba nuestras cómodas categorías mentales ya que es capaz como pocos de unificar contradicciones con convicción. Siéndolo, no era un político como John Adams o su amigo Thomas Jefferson (segundo y tercer presidentes de los Estados Unidos respectivamente), aunque hizo grandes aportaciones al pensamiento constitucional; ni un miliciano, aunque sirvió al Ejército Continental como ayudante de campo del general Green; ni un diplomático como lo fue Benjamin Franklin, aunque como secretario de la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso negoció un tratado de paz con las tribus indias y fue a Francia a principios de 1781 junto con John Laurens para traer de vuelta la promesa de dinero y armas suficientes para derrotar al

ejército británico en Yorktown; tampoco era un escritor teórico, ni un estudioso lector. Era un joven valioso e ingenioso, aficionado a las ciencias y la lectura, de orígenes cuáqueros y humildes que apenas había asistido a la escuela. Lo cierto es que apenas citaba a escritores antiguos y se vanagloriaba de ello «Casi nunca cito; la razón es que siempre pienso» dice en la tercera *Carta a Cato*. No es un Padre fundador, pero casi, en el sentido de que no había sido firmante de la *Declaración de Independencia* ni de la *Constitución de los Estados Unidos*, pero como autor de la obra *Sentido Común* había sido uno de los cofundadores políticos e ideológicos de los Estados Unidos de América, nombre que cabe la posibilidad que fuese propuesto por él.

Llegó a ser ciudadano de tres países: inglés de nacimiento, americano de adopción y nombrado ciudadano francés por la Asamblea Nacional por su propagación de los principios de libertad y humanidad. Tal vez por eso ninguno de ellos le reclame como héroe nacional. En 1778 ya se había definido como cosmopolita, pero Paine no era solo un cosmopolita filosófico, era un activista de la ciudadanía universal. Estaba dispuesto a convertirse en un ciudadano de cualquier país donde los derechos universales estuvieran en juego. En una ocasión Franklin le dijo: «Donde está la libertad, está mi país», a lo que Paine respondió: «Donde no está la libertad, está el mío».

El asunto de la nacionalidad de Paine es complejo política y judicialmente y provocó los primeros intentos de legislación al respecto. Nacido en Inglaterra en 1737, llegó a América en 1774 y allí se había convertido en residente, luego en ciudadano de los nuevos Estados independientes y había prestado dos veces el juramento de abjuración a la Corona británica y jurado lealtad personal a los Estados Unidos, una vez como ciudadano del Estado de Pensilvania en 1776 y otra vez ante el Congreso por el juramento establecido para todos los oficiales del servicio continental y para todos los que ocuparán cargos civiles en el Congreso. Residió hasta 1787, año en el que viajó a Europa buscando financiación para un puente de acero de un solo arco que permitiese el paso al tráfico de grandes buques mercantes, cada vez más habituales en el trayecto América-Europa. Pronto abandonó su idea de regresar a América al comprender que podía desempeñar algún papel en nombre de la revolución y de sus ideales en Francia y Gran Bretaña. En 1792, tras la publicación de *Derechos del hombre*, sería juzgado en ausencia por alta traición, desterrado de Gran Bretaña y privado de su identidad nacional original. En septiembre de ese mismo año se trasladó a París donde acababa de ser nombrado ciudadano honorario de la República francesa y elegido miembro de la Convención, pero en diciembre de 1793 fue arrestado y encarcelado como inglés en la prisión de Luxemburgo durante casi un año, la ironía es que ya no era inglés.

Milagrosamente se salvó de la guillotina durante su largo encarcelamiento. Convaleciente tras su liberación, completó su obra en dos volúmenes titulada *La*

Edad de la razón en la casa de James Monroe, el nuevo ministro estadounidense en París que había obtenido su liberación simplemente reclamándolo como estadounidense.

Ni Gouverneur Morris, el anterior ministro estadounidense en París, ni el presidente George Washington, aunque era un amigo cercano y sincero, habían movido un dedo para conseguir la liberación de su compatriota. Hay que tener en cuenta en este punto que el Terror había deteriorado las relaciones con Francia, y que tanto Washington, como Morris, habían empezado a considerar a Inglaterra, a pesar de los conflictos del pasado, mejor compañía que la Francia revolucionaria. Paine nunca olvidaría su desatención hacia él y nunca les perdonó lo que consideraba una traición al eje franco-americano, un eje establecido en la época de la Guerra de la Independencia, y que él consideraba indestructible. En 1796 escribiría su célebre *Carta a George Washington*, que despertó una tormenta en América, especialmente entre los federalistas.

Varios factores parecen haber retrasado su salida de Francia. Algunos tienen que ver con la realidad, otros con los sueños. Durante la última década del siglo, la guerra entre Francia e Inglaterra seguía su curso, y Paine, proscrito en su país natal, habría corrido el riesgo de ser detenido por los ingleses si hubiera intentado cruzar el océano. Consciente de ello, Thomas Jefferson, que acababa de llegar a la presidencia, escribió a Paine en marzo de 1801, invitándole a regresar a Estados Unidos a bordo del buque de guerra *Maryland*. Extractos de esa carta se publicaron en varios periódicos estadounidenses, y los federalistas inmediatamente aullaron y gritaron contra la amistad de Jefferson con Paine, el autor blasfemo de *La Edad de la Razón*, el insultador de George Washington. El alboroto fue tal que Paine tuvo que renunciar a la idea de viajar en el barco propuesto, y no fue hasta un año después, cuando se firmó una tregua en Amiens entre Inglaterra y Francia, que Paine pudo por fin embarcarse con seguridad en un buque mercante y, como le confiesa por carta a Jefferson «decir adiós a la inquieta y desdichada Europa».

Pero la prolongada estancia de Paine en Francia se debió probablemente también a una secreta ambición que alimentó durante años de desempeñar algún papel político en Inglaterra. La idea de que la monarquía británica sería una causa perpetua de guerra e inseguridad internacional se convirtió en una obsesión tal para Paine que en 1796 comenzó a idear y planear una invasión naval de Inglaterra, con Bonaparte a los mandos y él mismo como consejero. Hubiese traicionado así su propio apego anterior a la doctrina de la guerra defensiva, pero, como él mismo dijo, seguía actuando así por la causa de la paz.

Para cuando en noviembre de 1806, Paine acudió a las urnas para elegir delegados en New Rochelle, donde vivía desde su vuelta a América en 1802, en una granja que había sido confiscada a una familia lealista y le había sido concedida por la Asamblea de Nueva York al acabar la guerra como retribución

por su gran ayuda a la causa, la nueva generación nacida de la Independencia le negó la ciudadanía y el derecho a voto a quien había contribuido tan ardentemente al establecimiento del republicanismo en América.

Aunque llegó a ser ciudadano de tres países, aquel que había ayudado a promover el ideal de un sistema republicano y democrático en las dos orillas del Atlántico, pasó los dos últimos años de su vida sin ninguna ciudadanía formal y murió como hombre de ninguna parte, como ciudadano sin país. Había escrito libros «imperdonables» con los que se granjeó importantes enemigos, por los que pagó un alto precio y sufrió reacciones a la altura de la provocación. De entre todos ellos, el éxito de *La Edad de la Razón* fue de lo más contraproducente, en lugar de aumentar su gloria, como lo habían hecho *Sentido común* y los *Derechos del hombre*, acabó arruinando su reputación durante muchas décadas. Este libro fue su intento de reconciliar la naturaleza y el progreso, la religión y la ciencia, la razón y la fe, los poderes divinos de la criatura y la omnipotencia del Creador, escrito no con el fin de promover el ateísmo sino, paradójicamente, para impedir su expansión, y considerado blasfemo, siendo un libro sobre la blasfemia. En las primeras páginas de *La Edad de la Razón*, Paine, que era consciente de que su libro escandalizaría a la mayoría de sus lectores, si no a todos, escribió: «Sé que esta audaz investigación alarmará a muchos, pero sería un cumplido demasiado grande a su credulidad abstenerse de ella por ese motivo; los tiempos y el tema exigen que se haga». Más de un siglo después de la publicación de *La Edad de la razón*, alguien como Theodore Roosevelt seguía llamando a Paine pequeño y asqueroso ateo.

Sus restos, exhumados por William Cobett con la intención de erigirle un monumento en su honor que simbolizase la necesidad de reformas, sufrieron la desdicha que marcó la última parte de su vida y que quiso perseguirle después de muerto, sus huesos se perdieron antes de llegar a Inglaterra y se hallan diseminados por del Atlántico.

Actualmente el nombre de Thomas Paine ha quedado vinculado a *Sentido Común* y *Derechos del hombre*, libro con el que se originó la famosa controversia con Burke que se mantiene, incluso hoy, como el debate político e ideológico más importante sobre la Revolución Francesa que tuvo lugar durante la propia Revolución. *Sentido Común* marcó la dirección del resto de obras de Paine y contiene muchas de las intuiciones que desarrollaría en los *Derechos del hombre*. En términos de eficacia inmediata *Sentido Común*, y no los *Derechos del hombre*, fue la obra maestra de Paine. Dirigida a los habitantes de América y publicada anónimamente el 10 de enero de 1776 se había convertido rápidamente en un éxito de ventas sin precedentes, y aunque previamente había adquirido cierta notoriedad como director del *Pensilvania magazine*, sobretodo entre los sectores más radicales de la ciudad de Filadelfia, ciudad en la que había desembarcado apenas seis meses antes con una carta de recomendación

de Benjamin Franklin, el *Sentido común* cambió tan radicalmente la vida de Paine como impacto tuvo sobre el tiempo mismo. El tono fuerte y descarado de sus artículos, herederos de la gran tradición panfletaria inglesa, introdujo un tipo diferente de conciencia combativa, irreverente, incluso violenta para el público americano. Aunque apelaba a la razón y al sentido común de quienes leían su panfleto, Paine sabía jugar con la psicología humana y no dejaba de animar a los colonos a matar al «Padre del pueblo» y a la «Madre patria». Paine pretendía despojar al lector de sus viejas creencias y hacerle capaz de ver el futuro de América bajo una nueva luz, sin referencias a las anticuadas imágenes de dependencia infantil.

La Revolución le quiso hablar al lector y lo hizo mediante panfletos y *Sentido Común* se convirtió en su herramienta revolucionaria. Les hablaba a los comerciantes y agricultores en el lenguaje del interés económico y el beneficio que les aportaría la independencia al no estar restringidos sólo al mercado británico; a los inmigrantes alemanes, irlandeses, suecos y otros ciudadanos de origen no británico, les explicó que Europa y no Inglaterra era su verdadera madre patria; a los defensores de la reconciliación y los miembros pacifistas de la comunidad cuáquera, les enumeró las atrocidades de las fuerzas de ocupación, jugando ahora con la necesidad de seguridad de la gente rica, ahora con el miedo de los padres por sus familias, ahora con el pánico de las hijas y esposas. Utilizó la Biblia para condenar la monarquía y la sucesión hereditaria. Inspirándose en la filosofía de su tiempo se refirió a la «ley natural» para denunciar la conexión «antinatural» que pone a un continente bajo la tutela de una isla. Dirigiéndose a la comunidad empresarial y financiera, cuyo apoyo material era necesario para el éxito de la Revolución, sostuvo que, vendiendo las tierras occidentales, un gobierno independiente podría cubrir los gastos de la guerra y liquidar la deuda nacional. A los constructores navales y a sus subcontratistas, que se enfrentaban a la parálisis y al desempleo, les anunció la creación para después de la Revolución, de una armada americana y la ampliación del comercio marítimo. Al ala más radical le propuso la instauración de una democracia basada en una asamblea popular y un amplio sufragio sin calificaciones fiscales. En las apenas sesenta páginas no se olvida de nada ni de nadie y fue capaz de ir más allá de lo que pudiera dividir.

Como reconoce George Washington, *Sentido común* había producido un cambio en la mentalidad de muchos colonos y los había preparado para la independencia. Seis meses después, el Segundo Congreso Continental firmaba la *Declaración de Independencia* de las trece colonias. La Declaración había proclamado una independencia que todavía estaba por ganar. La Independencia tendría que procurar una autoridad verdaderamente legal, una constitución y un gobierno propio para América.

Entre 1776 y 1783, Paine publicó, a raíz del *Sentido Común*, dieciséis panfletos bajo el título *La Crisis Americana*. Firmados con el pseudónimo «Common Sense», estos textos, leídos y aclamados tanto como el panfleto original, tienen el objetivo de mantener el entusiasmo y el fervor revolucionarios. Cada uno dedicado a una exigencia concreta del momento, cuando las tropas americanas se encontraban en una situación crítica y cuando el tiempo parecía estar de nuevo a favor de la Corona, combinaba con un estilo incendiario arengas, datos, cifras y argumentos sobre lo ilegítimo del derecho sobre las colonias del gobierno británico.

Además de «informar al pueblo y de incitarlo a la acción», Paine ocupó varios puestos en el gobierno nacional y estatal durante la guerra. En 1777, el Congreso lo nombró secretario del Comité de Asuntos Exteriores, en cuyo cargo hizo mucho para obtener suministros, un gran préstamo y ayuda militar de Francia y más tarde como empleado en la Asamblea Legislativa de Pensilvania redactó el preámbulo de un proyecto de ley para la abolición gradual de la esclavitud. El hecho de que sus servicios fueran apreciados le conmovió profundamente: «Tengo el placer de ser respetado y siento un poco de ese tipo de orgullo satisfactorio que me dice que tengo algún derecho a ello» le escribió el 24 de octubre de 1778 a Franklin que se encontraba en París. El motivo de la carta era felicitarle por su reciente nombramiento como ministro plenipotenciario. El Congreso le reconocía así el mérito a Franklin en las negociaciones para la firma de los Tratados de Alianza, y Amistad y Comercio con Francia, y reemplazaba a la delegación formada por el propio Franklin, Sillas Dean y Arthur Lee. Franklin era el interlocutor más prudente y discreto del terceto y esto Versalles lo apreciaba. Franklin era el pionero de las relaciones diplomáticas con Francia, pero representaba mucho más que a su gobierno o a sí mismo, había contribuido a elevar la imagen que se tenía de los americanos en Francia.

Poco después de escribir esta carta a Franklin, Paine se vio envuelto en una controversia con Silas Deane que puso bruscamente fin a su dicha, provocó un torrente de insultos y difamaciones sobre su cabeza y, en última instancia, le costó su puesto como secretario de la Comisión de Asuntos Exteriores. Se necesitaría casi un libro para describir con cierto detalle el papel que desempeñó en esta polémica. El debate entre Paine y Silas Deane se centra en la cuestión de si los suministros proporcionados a Estados Unidos por Francia antes de la alianza franco-americana de 1778, a través de Caron de Beaumarchais, aventurero y dramaturgo, eran un regalo del rey de Francia o constituían un préstamo a Estados Unidos. Ignacio Díaz de la Serna en su artículo sobre *Los primeros tratados internacionales estadounidenses* afirma que la condición que exigió el ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVI, el conde de Vergennes, para la ayuda financiera de Francia y la provisión de armamento para los rebeldes, es

que todo sucediera como si se tratara de una estricta especulación personal y privada. Con tal propósito, Beaumarchais funda la compañía *Roderique Hortalez et Cie*. y Dean era el encargado de organizar y vigilar el transporte. Al ataque público que lanzó Paine contra Deane de conspirar para defraudar dinero al Congreso y por intentar beneficiarse personalmente de la ayuda francesa a los Estados Unidos, siguieron las respuestas de los partidarios de Deane. Paine se vio obligado a continuar la controversia y al hacerlo, sin embargo, también se vio obligado, para probar sus argumentos, a citar documentos secretos a los que tenía acceso como secretario del Comité de Asuntos Exteriores. Poco después tuvo que dimitir de su cargo debido a la oposición de los congresistas, que temían que sus revelaciones pusieran en peligro la alianza con Francia, así como de los que consideraban a Paine demasiado radical e ingenuo y creían que nunca debería haber sido nombrado.

Ni en París ni en Londres se apostaba entonces por una victoria de los colonos sobre la metrópoli, es más, los contratiempos durante 1777 presagian una inminente derrota de los rebeldes. Pero la victoria en Saratoga cambió el curso de los acontecimientos y las repercusiones fueron inmediatas: la firma del Tratado de Alianza entre Francia y Estados Unidos y el envío de Conrad Alexandre Gerard como ministro francés en Estados Unidos. Francia minimizaría ese conjunto de actos de cara a Inglaterra asegurando que el reconocimiento no era *de jure*, sino *de facto*, lo que significa que no ha admitido los principios sobre los que se fundamenta la independencia americana.

Francia también se reservaba que la entrada en vigor del pacto se efectuase en caso de guerra con Inglaterra, cosa que ocurrió tres meses después de la firma con el incidente naval cerca de la isla de Ouessant. Desde ese momento las dos potencias se encontraban en guerra declarada, y la Guerra de Independencia se había convertido en una guerra franco-británica. La capitulación del capitán Cornwallis el 17 de octubre de 1781 puso fin a la guerra y condujo a la firma del Tratado de paz de París de 1783 y el reconocimiento de los Estados Unidos por parte de Gran Bretaña. En este contexto, no parece que sea una coincidencia que el filósofo jurídico inglés Jeremy Bentham creyera necesario acuñar en 1780 la palabra «internacional», un término nuevo para describir los mutuos intercambios.

La firma del Tratado de Alianza de 1778 con Francia y la necesidad de defenderlo le ofreció a Paine la ocasión de extender a los asuntos internacionales su benevolencia. Entre agosto y septiembre de 1782, casi un año después de la batalla de Yorktown, Thomas Paine publicó uno de sus panfletos más largo, elocuente y argumentado, titulado *Carta al Abate Raynal, sobre los asuntos de América del norte en la que se corrigen y aclaran los errores en el relato del Abate Raynal sobre la revolución de América*. La *Carta* era una respuesta al famoso libro de Raynal (*Tableau et révolutions des colonies anglaises*

de l'Amérique septentrionale) publicado por la *Compagnie des libraires* en Ámsterdam en 1781 y en París en 1783. Sin embargo, lo que Paine leyó fue una reimpresión titulada *Revolution of America* que se había publicado en Filadelfia y otras ciudades americanas poco después de la traducción inglesa pirata aparecida seis meses antes de la publicación autorizada. Paine no dejó pasar esta ocasión para denunciar al traductor y defender una legislación universal para la protección de la propiedad intelectual, siendo junto a los *Estatutos generales del teatro* de Beaumarchais de las primeras reivindicaciones públicas al respecto.

La *Carta* de Paine al Abate podría describirse como una defensa de la dimensión universal de la revolución americana contra las interpretaciones despectivas de Raynal, pero refutar el libro de Raynal tenía como objetivos preservar la imagen de la América revolucionaria señalando los errores de hecho y de interpretación de Raynal, aprovechar la oportunidad de cumplir, al menos en parte, su viejo sueño de escribir una breve historia de la revolución americana y aumentar su propia fama literaria en Europa.

Desde ese punto de vista, se sintió plenamente satisfecho, la *Carta* contribuyó a sellar su fama. Se enviaron cincuenta ejemplares de la *Carta* a George Washington para el uso del ejército. Paine recibió a cambio una carta de agradecimiento muy calurosa. También envió otros cincuenta ejemplares a Robert R. Livingston y a Robert Morris, pidiéndoles que difundieran su panfleto por donde pudieran en las Indias occidentales y en Europa especialmente en Gran Bretaña y Francia.

La publicación de su *Carta* en Inglaterra coincidió con la apertura de las negociaciones de paz con la América rebelde y, por tanto, recibió localmente bastante atención. En octubre de 1783, Paine se alegró públicamente de la recepción y el éxito que la *Carta* había tenido en Inglaterra y de la nueva luz que se había arrojado sobre los asuntos de América por esa publicación. Además, había sido bien aconsejado al enviar o pedir a ciertos amigos que enviaran copias de su panfleto a París. Allí se imprimieron inmediatamente cuatro traducciones que tuvieron tanto éxito entre el público como en la Corte. La Luzerne, para entonces ministro francés en los Estados Unidos, escribió a Paine una carta oficial en la que expresaba la satisfacción de Francia y adjuntaba un regalo de 50 guineas destinado a cubrir parte de los costes de impresión originales que habían corrido a cargo del propio autor.

Paine, que era un buen retórico comienza su conferencia de lo que hoy podríamos considerar estudios americanos rindiendo un homenaje a Raynal como escritor pero añadiendo inmediatamente que «aunque el Abate es un maestro del estilo y del lenguaje parece no prestar la misma atención al oficio de historiador ya que sus hechos están expuestos con frialdad y descuido, no informan al lector ni le interesan, muchos de ellos son erróneos y la mayoría

son defectuosos y oscuros. Acompañar de máximas y reflexiones es sin duda un adorno y un complemento útil para la historia, pero es absolutamente necesario que se atienda bien a la raíz de la que brotan o al fundamento sobre el que se levantan, cosa que en esta obra no se hace». En la «raíz» de la controversia está lo que era la nueva nación emergente, su origen mismo y la naturaleza de los hechos y acontecimientos relatados.

Hecha esta observación inicial se dedica a demoler un argumento que, a su juicio se apoyaba, en varios datos falsos, resultado en parte del hecho de que Raynal, —como tantos supuestos viajeros de su tiempo o supuestos observadores del Nuevo Mundo—, nunca había puesto un pie en América y por consiguiente no sabía realmente de qué estaba escribiendo. De ahí el lamentable hecho de que «en el curso de su obra ha ensalzado en algunos casos sin razón y herido sin causa».

Los tres puntos principales a los que Paine aplica tanto su brillo como su crítica tienen que ver con las causas de la Guerra de la Independencia, el significado histórico de la alianza Franco americana, y el carácter local o universal de la revolución americana. Para Raynal lo que caracterizó la rebelión antibritánica fue la trivialidad de las causas que la provocaron. Argumentaba que, en vísperas de la revolución, la América colonial no sufrían ninguno de los males que tradicionalmente justifican las revueltas populares. De hecho, Raynal argumentó que toda la cuestión se reducía a saber si el Imperio tenía o no derecho a imponer directa o indirectamente un pequeño impuesto a las colonias.

La respuesta de Paine sobre las causas objetivas de la rebelión negadas por Raynal fue la siguiente: «no existían en 1763 y todas ellas existían antes de 1776» por lo que la insurrección tenía un fundamento político y moral. Su verdadera causa debía buscarse, no en el rechazo de un impuesto sobre el azúcar o el té, sino en el poder tiránico del Parlamento británico y su Acta Declaratoria de 1766, que afirmaba el derecho de los Comunes a obligar a América en todas las circunstancias. Las colonias americanas se encontraban así en el estado más bajo de vasallaje, y los abusos y usurpaciones que posteriormente salpicaron su historia no fueron sino modalidades de ese acto tan intolerable.

Así, Paine concluye que toda la cuestión con América en el inicio de la disputa era ¿estaremos obligados en todas las circunstancias por el Parlamento británico o no lo estaremos? Un Parlamento, continúa diciendo, que con respecto a América no era septenal sino perpetuo. Las causas de la revolución eran profundas y no podían describirse como meros caprichos o arrebatos.

Sin embargo, detectar y criticar los errores de hecho de Raynal no era suficiente. Paine sintió la necesidad de ir un paso más allá y exponer las deficiencias de la reflexión filosófica del Abate así como las insuficiencias de su visión de la historia aplicada a las circunstancias de América. No solo no

es cierto que la revolución americana fuera generada por disputas triviales y reivindicaciones mediocres, sino que es inútil medirla con el rasero de las rebeliones ordinarias, o buscar precedentes entre las revoluciones de épocas anteriores. La insurrección americana, tal y como la veía Paine, era única en la historia de la humanidad y los valores que transportaba, «el valor y la calidad de la libertad, la naturaleza del Gobierno republicano y la dignidad del hombre», eran valores tanto nacionales como universales que afectaban a la humanidad en su conjunto, así como a cada ciudadano o comunidad individual. La agitación de los estadounidenses no fue un acontecimiento provocado por su rechazo a los impuestos, fue una revolución política sin precedentes, una profunda perturbación que afectó a nuestra forma de estar en el mundo.

Para Paine el carácter excepcional de la América revolucionaria derivaba de tener «una mente expandida y un corazón que abarca el universo», precisamente lo que Gran Bretaña y el Viejo Mundo no tenían.

Escrita con el ardor de un ciudadano universal la *Carta* termina con un flamante llamamiento, tanto político como filosófico, en favor de una extensión de la civilización.

Paine explica que, cuando la humanidad se encontraba en estado de barbarie, había tantas naciones como personas, pero empujados por la necesidad los hombres se unieron y formaron sociedades y naciones distintas. El problema es que luego no fueron más allá y que por lo tanto el ciclo de la civilización estaba todavía incompleto. La gran lección que la humanidad debe extraer de la experiencia revolucionaria americana, de la unión interna de sus trece estados y de las alianzas externas establecida con España, los Países Bajos, pero sobre todo con Francia —«una alianza no formada con el mero propósito de un día sino sobre bases justas y generosas y con ventajas iguales y mutuas, unas alianzas no sólo de corte sino de países»— es que había comenzado una nueva era basada en la extensión de la mente y la cordialidad del mundo, una era, argumentaba Paine con tanto fervor ingenuo como previsión profética, que vería a la civilización avanzar un paso más hacia su realización y a una sociedad de naciones emerger, por fin, y formar un cordón sanitario internacional contra la guerra.

Si entendiésemos que la *Carta* no hace más que describir el estado de ánimo de los americanos durante el desalentador primer año de la Revolución, estaría justificado darle poca importancia. Sin embargo, puesta en contexto del progreso del pensamiento de Paine, la *Carta* contiene la formulación más temprana de sus opiniones internacionalistas. Y aunque sea la primera, es sustancialmente completa y ya contiene las intuiciones que desarrollaría posteriormente. La *Carta* representa el momento en el que deja de pensar en términos nacionales, de dirigirse a los habitantes de América para dirigirse a una audiencia internacional. Paine estaba justificando el comportamiento

estadounidense no ante sus habitantes como en los escritos anteriores, sino ante personas de otros países, por lo que se preocupó de producir los argumentos más fuertes de los que era capaz. Ya que la audiencia era internacional tuvo que basar sus argumentos en un interés más elevado que el nacional y no solamente atender a las ventajas que le reportaba a los Estados Unidos la revolución. La *Carta* avanza una teoría general y universalmente aplicable en lugar de responder a ocasiones concretas. Por ese motivo, describe las fuerzas que actúan a favor de una federación de las principales potencias del mundo, las circunstancias que hacen que sea deseable, parezca practicable e incluso inevitable, las ventajas de una colaboración internacional pacífica gracias a la influencia civilizadora del comercio, de la ciencia y de las letras, y los obstáculos que existen como son los prejuicios y el nacionalismo.

Su época no estaba preparada para las profecías radicales contenidas en la *Carta* que incluían el establecimiento del libre comercio internacional, la organización de la paz sobre una base mundial, una limitación concertada de los armamentos y una Federación de naciones, pero el mérito singular de Paine fue el de un visionario que fue capaz de elevarse a sí mismo y a su pensamiento por encima de las configuraciones de su época.

CARTA DIRIGIDA AL ABATE RAYNAL

sobre los asuntos de Norteamérica.

En la que se corrigen y aclaran los errores en las consideraciones del Abate sobre la Revolución en América.

Por Thomas Paine, M.A. de la Universidad de Pensilvania y autor del panfleto y otras publicaciones tituladas «Sentido común».

Filadelfia:

Impresa por Melchior Steiner

Distribuida por Robert Aitken

1782

INTRODUCCIÓN

Una traducción londinense de una obra original en francés del Abate Raynal sobre la Revolución de América del Norte ha sido reimpressa en Filadelfia y otras partes del continente y, como la distancia a la que se encuentra el Abate del teatro americano de la guerra y la política le ha llevado a confundir varios hechos o a malinterpretar las causas o principios por los que se produjeron, se publica el siguiente tratado con el fin de rectificarlos y evitar que, incluso los errores accidentales, se mezclen con la historia, bajo la sanción del tiempo y el silencio.

El editor londinense lo ha titulado *La Revolución de América, por el Abate Raynal*, y los impresores estadounidenses han seguido el ejemplo. Pero entiendo, y considero mi información correcta, que la pieza, siendo más un conjunto de reflexiones sobre la revolución, fue deslealmente sustraída al impresor que el Abate empleó, o quizá de la copia manuscrita, y es solo una parte de una obra más grande en impresión o en preparación para ella. La persona que así lo obtuvo parece haber sido un inglés y, a pesar de que la edición londinense se abre con una advertencia en la que se afana por ocultar su fraude tras grandes encomios al patriotismo y altos elogios al autor, sus actos, no obstante, son desde cualquier punto de vista antiliberales e imperdonables.

En el curso de sus viajes (dice), el traductor logró felizmente obtener una copia de esta pequeña y exquisita pieza que no ha aparecido en ninguna prensa. Publica una edición en francés para los que sienten su elocuente razonamiento con más fuerza en su lengua materna y, al mismo tiempo, la traducción de la misma que encontrarán a continuación, en la que ha deseado, quizá en vano, que no se pierda todo el calor, la gracia, la fuerza y la dignidad del original. Y se lisonjea de que no faltará la indulgencia del ilustre historiador a un hombre que, por propia iniciativa, se ha tomado la libertad de dar esta composición al público solo por la fuerte convicción de que su trascendental argumento será útil en una coyuntura crítica a ese país que ama con un ardor solo superado por la llama más noble que arde en el seno del filantrópico autor en pos de la libertad y la felicidad de todos los países de la tierra.

Esta plausible justificación de una acción deshonrosa puede pasar por patriotismo y buenos principios para aquellos que no se interesen en sus deméritos y cuyo interés no se vea perjudicado ni su felicidad afectada por ellos. Pero es más que probable, a pesar de las declaraciones que contiene, que la copia fuera obtenida para beneficiarse de la venta de una obra nueva y popular y que las proclamas no sean más que una coartada para el fraude.

Puede señalarse con propiedad que en todos los países en los que la literatura está protegida, y nunca podrá florecer donde no lo esté, las obras de un autor son su propiedad legal y tratar las letras de otra manera que no sea esta es desterrarlas del país o estrangularlas en el nacimiento. El fraude al Abate Raynal fue, es cierto, cometido por un país sobre otro, y por lo tanto no muestra ningún defecto en las leyes de ninguno de ellos. Pero es, sin embargo, una violación de los usos civiles y de la justicia literaria; tampoco puede ser una disculpa que, porque los países estén en guerra, se permita la degradación de la literatura.¹

Pero anticiparse a la publicación del Abate con la edición londinense tanto en francés como en inglés, y con ello no solo estafarle y abocarlo a una costosa publicación al hurtarle las ventas, es solo el menor perjuicio que tal conducta puede ocasionar. Las opiniones de un hombre, ya sean escritas o de pensamiento, son suyas hasta que a él mismo le plazca publicarlas; y es una crueldad añadida a tal injusticia hacerle autor de lo que la reflexión futura, o una mejor información, podrían hacerle suprimir o enmendar. Hay declaraciones y sentimientos en el artículo del Abate que, por mi parte, no esperaba encontrar y que él mismo, en una revisión, podría haber tenido ocasión de cambiar; pero la calculada piratería le ha impedido tener tal oportunidad y le ha precipitado en dificultades, que, de no haber sido por un fraude tan mezquino, no habrían ocurrido.

Hacer que un autor se exprese antes de tiempo de este modo se mostrará aún más mezquino cuando consideremos cuán pocos hombres hay en cualquier país que puedan a la vez, y sin la ayuda de la reflexión y la revisión, combinar las cálidas pasiones con un temperamento frío, y la plena expansión de la imaginación con la natural y necesaria seriedad del juicio, de modo que hallen un correcto equilibrio dentro de sí y hagan que un lector sienta, imagine y comprenda debidamente al mismo tiempo. Llamar a la acción a tres poderes de la mente a la vez, de manera que ninguno se interrumpa y que cada uno ayude y vigorice al otro, es un talento que rara vez se posee.

Sucede a menudo que el peso de un argumento se pierde por el ingenio de ponerlo en marcha o que el juicio se desordena por una irritación destemplada de las pasiones, sin embargo, un cierto grado de emoción debe ser sentido por el escritor y suscitado en el lector a fin de despertar la atención debiendo dársele

¹ Nota del Autor. El estado de la literatura en América debe convertirse algún día en un tema de consideración legislativa. Hasta ahora ha sido una desinteresada voluntaria al servicio de la Revolución y ningún hombre ha pensado en beneficiarse; pero cuando la paz le dé tiempo y oportunidad para el estudio, el país se privará del honor y del servicio de las letras y del mejoramiento de la ciencia a menos que se hagan leyes suficientes para impedir las depredaciones de la propiedad literaria. Vale la pena señalar que Rusia, que hace unos años apenas era conocida en Europa, debe una gran parte de su actual grandeza a la gran atención que ha prestado y al sabio estímulo que ha dado a todas las ramas de la ciencia y del saber; y tenemos casi el mismo ejemplo en Francia en el reinado de Luis XIV.

margen suficiente a la imaginación para permitirle crear en la mente una visión de las personas, los caracteres y las circunstancias del tema, porque sin esto el juicio sentirá poca o ninguna emoción en su ejercicio y sus determinaciones serán frías, lentas e imperfectas. Pero si una de las dos, emoción o imaginación, o ambas, se elevan o se avivan demasiado, el juicio se verá sacudido en su asiento y todo el asunto, por muy importante que sea en sí mismo, se reducirá a una pantomima de la mente en la que creamos imágenes que no promueven otro propósito que la diversión.

Los escritos del Abate muestran evidentes marcas de una amplitud y rapidez de pensamiento y celeridad de percepción que requieren de una cuidadosa revisión, tanto más cuando se aplican a naciones o individuos actuales en estado de guerra. La menor desinformación o idea errónea lleva a alguna conclusión equivocada y un error aceptado se convierte en el progenitor de otros. Y, como sea que el Abate ha sufrido algunos inconvenientes en Francia al confundir ciertas circunstancias de la guerra y el carácter de las partes en conflicto, será una disculpa para él que tales errores fueran precipitados al mundo por la avaricia de un enemigo mezquino.

CARTA AL ABATE RAYNAL **sobre los asuntos de América del Norte.**

Ante un autor de tan distinguida reputación como el Abate Raynal, podría muy bien disculparme por la presente empresa; pero, como *estar en lo cierto* es el primer deseo de la Filosofía y el primer principio de la Historia, supongo que aceptará de mí una declaración de motivos, que son los de hacer justicia, con preferencia a cualquier disculpa elogiosa que pudiera hacer. El Abate, en el curso de su trabajo, ha ensalzado en algunos casos sin razón y herido sin causa. Ha dado fama donde no se merecía y la ha negado donde era justamente debida, sonando frecuentemente tan afinado y desafinado en sus temas y posiciones, que pocos o ninguno de ellos están tocados de manera decisiva y uniforme.

Todavía es demasiado pronto para escribir la historia de la revolución, y quien lo intente precipitadamente, inevitablemente confundirá personajes y circunstancias y se verá envuelto en errores y dificultades. Las cosas, como los hombres, rara vez se comprenden bien a primera vista. Pero el Abate se equivoca hasta en los fundamentos de su obra; es decir, ha concebido y expuesto mal las causas que produjeron la ruptura entre Inglaterra y sus entonces colonias y que condujeron, paso a paso, sin premeditación y sin empeño por parte de América, a una revolución que ha atraído la atención y afectado el interés de Europa.

Para probar esto, traeré un pasaje que, aunque se encuentra hacia la última parte de la obra del Abate, está más íntimamente relacionado con el principio y

en el que, hablando de la causa original de la disputa, se declara de la siguiente manera:

Ninguna (dice) de esas poderosas causas que han producido tantas revoluciones en el orbe existía en América del Norte. Ni la religión ni las leyes habían sido ultrajadas. La sangre de los mártires o de los patriotas no había brotado de los patíbulos. La moral no había sido insultada. Los modos, las costumbres, los hábitos, ningún concepto estimado por las naciones, había sido objeto de burla. El poder arbitrario no había arrojado a ningún habitante de los brazos de su familia y amigos para arrastrarlo a un lúgubre calabozo. El orden público no se había invertido. Los principios de la administración no habían cambiado y las máximas del gobierno habían permanecido siempre iguales. Toda la cuestión se reducía a saber si la madre patria tenía o no derecho a imponer, directa o indirectamente, un reducido impuesto a las colonias.

Sobre este extraordinario pasaje tal vez no sea impropio, en términos generales, observar que nadie puede sentir como los que sufren y que para que un hombre sea un juez competente de las causas generadoras o, como el Abate las llama, de las poderosas causas de la revolución, debe haber residido en ese momento en América.

El Abate, al decir que los diversos elementos que ha enumerado no existían en América y al omitir señalar el período concreto en el que quiere decir que no existían, reduce así su declaración a una nulidad al quitarle todo el sentido al pasaje.

No existían en 1763, pero todas ellas se dieron antes de 1776; por consiguiente, como hubo un momento en que *no* existían y otro en que *sí*, el *momento* constituye la esencia del hecho, y no darlo es ocultar la única prueba que, siendo sobre la que su declaración deba sostenerse o caer, demuestra que sea correcta o incorrecta. Pero tal declaración, como aparece ahora, sin acompañamiento de tiempo, tiene un efecto en su presentación ante el mundo al asumir que no había ninguna causa real para la revolución, ya que niega la existencia de todas las causas que se suponen justificables y que el Abate dice poderosas.

Confieso que tengo dificultades para averiguar la época a la que alude el Abate porque, en otra parte de la obra, al hablar de la Ley del Timbre (*Stamp Act*), que fue aprobada en 1764, la califica de «usurpación de los derechos más preciados y sagrados de los americanos». En consecuencia, aquí admite que la más poderosa de todas las causas, es decir, *la usurpación de los derechos más preciados y sagrados*, existía en América doce años antes de la declaración de independencia y diez años antes del estallido de las hostilidades. Así pues, el momento en el que el párrafo es verdadero debe ser anterior a la Ley del

Timbre, pero como entonces no había ni revolución ni planes para ninguna, en consecuencia se aplica sin un significado; y como no puede, según el propio principio del Abate, aplicarse a cualquier momento *después* de la Ley del Timbre, se trata de un párrafo errante y solitario conectado con nada y en desacuerdo con todo.

Siendo cierto que la Ley del Timbre fue derogada antes de dos años tras su aprobación, no lo es menos que fue inmediatamente seguida por una de magnitud infinitamente más perversa. Me refiero al Acta Declaratoria (*The American Colonies Act*), que afirmaba el derecho del Parlamento Británico, «a someter a América en cualquier circunstancia».

Si la Ley del Timbre fue una usurpación de los derechos más preciados y sagrados de los americanos, el Acta Declaratoria no les dejaba ya ningún derecho y contenía las semillas del gobierno más despótico jamás ejercido en el mundo. Colocó a América en el estado de vasallaje más bajo y más infame porque exigió una sumisión incondicional en todo, o como lo expresa la ley, *en cualquier circunstancia*. Y lo que hace más ofensiva esta ley es que parece haber sido aprobada como un acto de misericordia; verdaderamente entonces puede decirse que *la piedad de los impíos es crueldad*.²

Todos los estatutos originales de la Corona de Inglaterra que llevaron a los aventureros del Viejo Mundo a establecerse en el Nuevo fueron por esta ley sacudidos en sus fundamentos, porque, contrariamente a su naturaleza, que era la de un pacto, ahora estaban sujetos a derogación o alteración a la mera voluntad de una sola de las partes. Se puso así en manos del Parlamento o del Ministerio toda la situación de América, sin dejarle a esta el menor derecho en ningún caso.

No hay despotismo al que no llegue esta ley inicua; y aunque hubiera sido conveniente en su ejecución haber consultado las costumbres y los usos, la esencia de la ley hizo legal toda tiranía. No se detuvo en ningún lugar. Llegó a todo. Abarcaba toda la vida de un hombre o, si se me permite expresarlo así, una eternidad de circunstancias. La naturaleza de la ley exige obediencia, pero esta exigía servidumbre; y la condición de un americano, bajo su aplicación, no era la de un súbdito sino la de un vasallo. La tiranía se ha establecido a menudo *sin ley* y a veces *en contra* de ella, pero la historia de la humanidad no ha visto otro caso en el que se haya establecido *por ley*. Es un audaz atentado contra el gobierno civil y para lograr que sea detestado como merece deberá ser expuesto tantas veces como sea necesario.

Tampoco podría decirse después de esto que el poder legislativo de ese país hiciera leyes, sino que dictaba órdenes; porque ¿en qué se diferenciaba una ley del Parlamento construida sobre este principio y operando de esta manera sobre un pueblo no representado, de las órdenes de un estamento militar?

² Nota del Traductor. Proverbios 12:10

El Parlamento de Inglaterra, con respecto a América, no duraba un septenio sino que era *perpetuo*. Parecía un cuerpo siempre existente. Su elección o caducidad eran para ella lo mismo que si sus miembros se sucedieran por herencia, o salieran por muerte, o vivieran para siempre, o fueran nombrados como una cuestión de oficio. Por lo tanto, para que el pueblo de Inglaterra tenga una idea justa de la opinión de América con respecto a esta extraordinaria Ley, debe suponer que toda elección y vencimiento del cargo en ese país cesa para siempre y que el actual Parlamento, sus herederos, etc. son perpetuos; en este caso, pregunto, ¿qué pensaría el más clamoroso de ellos si se aprobara una ley que declarara el derecho de *tal Parlamento* a obligarlos *a ellos* en cualquier circunstancia? Porque este sintagma, *en cualquier circunstancia*, causaría tanto daño a su Carta Magna, su Carta de Derechos, sus juicios con jurado, etc., como el que causa a los estatutos y formas de gobierno en América.

Estoy convencido de que el caballero al que dirijo estas observaciones no diría, después de la aprobación de esta ley, «que los *principios* de la administración no han *cambiado* en América y que las máximas del gobierno han sido *siempre las mismas*». Porque aquí hay, en principio, un derrocamiento total del sistema; y no solo una subversión, sino una destrucción de los cimientos de la libertad y el establecimiento de una dominación absoluta en su lugar.

El Abate también expone el caso de manera muy errónea e injuriosa cuando dice «que *toda* la cuestión se redujo a saber si la madre patria tenía o no derecho a imponer, directa o indirectamente, un *reducido* impuesto a las colonias». Esta *no era toda* la cuestión; tampoco la *cantidad* del impuesto era el motivo, ni para el Ministerio ni para los americanos. Fue el principio, del que el impuesto no era más que una parte y su cuantía una aun menor, lo que constituyó el motivo por el que América se opuso.

El impuesto sobre el té, que es el impuesto al que aquí se alude, no fue sino un experimento para poner en práctica la Ley Declarativa ejecutándola en la forma más adecuada *para la supremacía universal del Parlamento*. Porque hasta ese momento la Ley Declarativa había permanecido latente y sus redactores se habían contentado con declarar apenas una opinión.

Por lo tanto, al inicio de la disputa con América *toda* la controversia se reducía a: ¿estaremos sometidos en cualquier circunstancia por el Parlamento Británico, o no? Porque la sumisión a la Ley del Té implicaba el reconocimiento de la Ley Declaratoria y de la supremacía universal del Parlamento y, no teniendo la intención de reconocer tal situación, fue necesario que se opusieran a ella en su primera etapa de ejecución.

Es probable que el Abate haya caído en este error al leer artículos sueltos en algunos de los periódicos americanos porque, en un caso en el que todos estaban interesados, todos tenían derecho a dar su opinión y había muchos que, con las mejores intenciones, no eligieron el mejor ni el verdadero fundamento

para defender su causa. Se sintieron con la razón por un impulso generalizado, sin ser capaces de separar, analizar y ordenar las partes.

No estoy dispuesto a examinar demasiado minuciosamente todo este extraordinario pasaje del Abate, para que no parezca que lo trato con severidad; de lo contrario, podría mostrar que ni una sola declaración está justamente fundada: Por ejemplo, el hecho de revivir una ley obsoleta del reinado de Enrique VIII y adaptarla a los americanos, en virtud de la cual debían ser apresados y llevados de América a Inglaterra, y allí encarcelados y juzgados por cualquier supuesto delito, era, en el peor sentido de las palabras, *arrancarlos, mediante el poder arbitrario del Parlamento, de los brazos de sus familias y amigos, y arrastrarlos no solo a lúgubres sino a lejanas mazmorras*. Sin embargo, esta ley fue concebida algunos años antes del inicio de las hostilidades. Y también, aunque la sangre de los mártires y patriotas no había corrido por los patíbulos, sí corrió por las calles, en la masacre de los habitantes de Boston, a manos de los soldados británicos, en el año 1770.

Si el Abate hubiera dicho que las causas que produjeron la Revolución en América eran originalmente *diferentes* de las que produjeron las revoluciones en otras partes del mundo habría estado en lo cierto. Aquí el valor y la calidad de la libertad, la naturaleza del gobierno y la dignidad del hombre eran conocidos y comprendidos y el apego de los americanos a estos principios produjo la Revolución como una consecuencia natural y casi inevitable. No tenían ninguna familia particular que establecer o derrocar. No incorporaron ningún tipo de personalismo a su causa. Empezaron equitativamente entre ellos y no avanzaron más deprisa hacia las sucesivas etapas de la misma de lo que los impulsó la implacable e imperiosa conducta de Gran Bretaña. Es más, al último acto, la declaración de independencia, casi habían llegado demasiado tarde; pues de no haber sido declarada en el momento exacto en que lo fue no veo ningún momento desde entonces en el que hubiera podido ser declarada con el mismo efecto y probablemente ya nunca lo hubiera.

Pero el objetivo se formó antes de que se produjera el revés de la fortuna, es decir, antes de las operaciones de la funesta campaña de 1776; su honor, su interés, todo, les pedía a gritos que lo mantuvieran; y ese resplandor del pensamiento y esa energía del corazón que hasta una lejana perspectiva de independencia inspira, dio una confianza a sus esperanzas y una resolución a su conducta que un estado de dependencia nunca podría haber alcanzado. Esperaban días más felices y escenas de descanso, y matizaban las dificultades de la campaña contemplando el establecimiento de su recién nacido sistema.

Sí, por otro lado, hacemos un repaso de cómo ha actuado Gran Bretaña, encontraremos todo lo que debería hacer sonrojar a una nación: el abuso más vulgar acompañado de esa especie de altanería que distingue al héroe de una turba del carácter de un caballero.; Fue tanto por sus modales como por su

injusticia que perdió las colonias. Con esto último alumbró los principios en ellas, con lo primero desgastó su templanza; y debería ser puesto como ejemplo para el mundo, para mostrar lo necesario que es conducir los asuntos del gobierno con civismo. En resumen, otras revoluciones pueden haberse originado en el capricho o generado en la ambición, pero aquí la humildad más inofensiva fue tornada rabia a base de torturas y el surgimiento de un nuevo orden fue bautizado en llanto.

Una unión tan extensa, continuada y decidida, que sufra con paciencia y nunca con desesperación, no puede haber sido producida por causas simples. Debe ser algo capaz de llegar al alma entera del hombre, armándola con una permanente energía. Es vano buscar precedentes entre las revoluciones de épocas anteriores para averiguar, por comparación, las causas de esta. La causa, el desarrollo, el objetivo, las consecuencias, hasta los hombres, sus hábitos de pensamiento y todas las circunstancias del país, son diferentes. Las de otras naciones son, en general, poco más que la historia de sus disputas. No están marcadas por ningún carácter importante en los anales de los acontecimientos; mezcladas en la masa de los asuntos generales, no ocupan más que una página común; y mientras el cabecilla de la facción triunfante subió al poder, la multitud saqueada se sentó y se lamentó. Pocas, muy pocas de ellas van acompañadas de reformas, ya sea en el gobierno o en las costumbres; muchas de ellas con el más consumado despilfarro. Los únicos acontecimientos en tales revoluciones fueron el triunfo y la miseria. El dolor, el castigo, la tortura y la muerte se convirtieron en los asuntos de la humanidad hasta que a la compasión, la más bella aliada del corazón, le fue arrebatado su papel y el ojo, acostumbrado a la continua crueldad, pudo contemplarlos sin ofenderse.

Pero así como los principios de la presente revolución difieren de los que la precedieron, también lo hizo la conducta de América tanto en el gobierno como en la guerra. Hasta ahora, ni el sucio dedo de la desgracia ni la sangrienta mano de la venganza han manchado su fama. Sus victorias han recibido el brillo de una gran indulgencia y a sus leyes se les ha permitido dormir, donde justamente podrían ser despertadas para castigar. La guerra, que es el negocio del mundo, ha sido aquí solo el negocio de la necesidad; y cuando la necesidad cese, los mismos enemigos de América deberán confesar que, cuando ella sacó la espada en su justa defensa, la usó sin crueldad y la envainó sin venganza.

Como no es mi propósito extender estas observaciones a una historia, me despediré ahora de este pasaje del Abate, con una observación que, hasta que algo se despliegue para convencerme de lo contrario, no puedo evitar creer que es verdadera; es decir, que fue la determinación fija del Gabinete Británico la de disputar con América en cualquier caso.

Ellos (los miembros que componían el Gabinete) no dudaban del éxito si podían hacerlo depender de la batalla y lo esperaban de una conquista que no

podían proponer con decencia ni esperar por negociación. Los estatutos y las constituciones de las colonias se convirtieron para ellos en asuntos de ofensa, y el rápido progreso de estas en propiedades y población fue considerado repugnantemente como el medio creciente y natural para la independencia. No vieron otra forma de retener las colonias por mucho tiempo que no fuera reduciendo ese progreso a tiempo. Una conquista los habría convertido de inmediato en señores y terratenientes; y los habría puesto en posesión tanto de los ingresos como de los arrendamientos. Todo el problema del gobierno habría cesado en una victoria y se habría puesto fin a las protestas y los debates. La experiencia de la Ley del Timbre les había enseñado a pelear con las ventajas del ocultamiento y la conveniencia, y no tenían otra cosa que hacer que renovar la escena y poner en movimiento la discordia. Esperaban una rebelión, y la produjeron. Esperaban una declaración de independencia, y no fueron decepcionados. Pero después de esto, buscaban la victoria, y obtuvieron una derrota.

Si esto se toma como la causa generadora de la contienda, entonces cada paso en la conducta del Ministerio Británico es consistente desde el comienzo de la disputa hasta la firma del Tratado de París, tras el cual viéndose una victoria como algo dudoso, se retiraron a la negociación, y fueron de nuevo derrotados.

Aunque el Abate posee y muestra grandes poderes de genio y es un maestro del estilo y del lenguaje, parece no prestar la misma atención al oficio de historiador. Sus hechos son expuestos con frialdad y desconsideración. No informan al lector ni le hacen partícipe. Muchos de ellos son erróneos y la mayoría son defectuosos y confusos. Acompañar la historia con máximas y reflexiones es, sin duda, un adorno y un complemento útil. Además, proporcionan un agradable cambio de estilo y una forma de expresión más diversificada; pero es absolutamente necesario que la raíz de la que surgen, o el fundamento sobre el que se levantan, estén bien atendidos, lo que en esta obra no ocurre. El Abate se apresura en sus narraciones como si se alegrara de salir de ellas, para entrar en el campo más copioso de la elocuencia y la imaginación.

Las acciones de Trenton y Princeton, en Nueva Jersey, en diciembre de 1776 y enero siguiente, en las que el destino de América estuvo durante un tiempo temblando al borde del suspenso y de las que se derivaron las consecuencias más importantes, están comprendidas en un solo párrafo, débilmente concebido y vacío de carácter, circunstancias y descripción.

El 25 de diciembre (dice el Abate), ellos (los americanos) cruzaron el Delaware y cayeron *accidentalmente* sobre Trenton, que estaba ocupado por mil quinientos de los doce mil hessianos, vendidos de manera tan vil por su avaro amo al Rey de Gran Bretaña. Este cuerpo fue *masacrado*, tomado o dispersado. Ocho días después, tres regimientos ingle-

ses fueron expulsados de la misma manera de Princeton, pero después de haber apoyado mejor su reputación que las tropas extranjeras a su cargo.

Este es todo el relato que se hace de estos interesantes acontecimientos. El Abate los ha precedido con dos o tres páginas sobre las operaciones militares de ambos ejércitos desde el momento en que el General Howe llegó a Nueva York desde Halifax y los vastos refuerzos de tropas británicas y extranjeras con Lord Howe desde Inglaterra. Pero en ellas hay tantos errores y tantas omisiones, que corregirlas debe ser asunto de una historia y no de una carta.

La acción de Long Island apenas se insinúa, y las operaciones en White Plains se omiten por completo; al igual que el ataque y la pérdida del fuerte Washington, con una guarnición de unos dos mil quinientos hombres, y la precipitada evacuación de Fort Lee como consecuencia de ello; estas pérdidas fueron en gran medida la causa de la retirada a través de los Jerseys hasta el Delaware, una distancia de unas noventa millas. Tampoco se describe la forma de la retirada, que, debido a la estación del año, la naturaleza del país, la proximidad de los dos ejércitos (a veces a la vista y a tiro del otro, en un camino tan largo), la retaguardia de uno empleada en derribar puentes y la vanguardia del otro en construirlos, debe ir necesariamente acompañada de muchas circunstancias interesantes.

Fue un período de angustias. Una crisis más bien de peligro que de esperanza. No hay descripción que pueda hacerle justicia; e incluso los actores de la misma, al reflexionar sobre la escena, se sorprenden de cómo salieron adelante y no saben explicar esos poderes de la mente y resortes de animo por los que resistieron la fuerza de la desgracia acumulada.

Se esperaba que el tiempo para el que se alistó el ejército llevara la campaña tan lejos en el invierno que la crudeza de la estación y la consiguiente condición de los caminos impidiera cualquier operación material del enemigo hasta que el nuevo ejército pudiera ser organizado para el próximo año. Y menciono, como un asunto digno de la atención de todos los historiadores futuros, que los movimientos del ejército americano hasta el ataque de las posiciones hessianas en Trenton el 26 de diciembre deben ser considerados como servicios para ningún otro propósito que el retraso y el desgaste en una campaña bajo todas las desventajas de una fuerza desigual, con la menor desgracia posible.

Pero la pérdida de la guarnición del fuerte Washington el 16 de noviembre y el hecho de que una parte considerable del ejército cumplía su tiempo de servicio tan pronto como el 30 del mismo mes, y que finalizaciones casi diarias se sucedieron después, hizo que la retirada fuera al final el único recurso. A estas circunstancias puede añadirse la condición desamparada y pobre de los pocos que quedaban; porque la guarnición de Fort Lee, que componía casi

toda la retirada, se había visto obligada a abandonarlo tan apresuradamente que todos los suministros y equipajes quedaron atrás, y en esta condición de indigencia, sin tienda ni manta y sin ningún otro utensilio para incrementar sus provisiones que el que se procuraron por el camino, realizaron una marcha de unas noventa millas y tuvieron la disposición y la capacidad de prolongarla por espacio de diecinueve días.

Por este inesperado o más bien impensado giro de los acontecimientos, el país fue por un instante sumido en la confusión y se encontró con un enemigo dentro de sus entrañas sin un ejército que se le opusiera. No había más ayuda que el sacrificio voluntario de los habitantes. Todo dependía de su voluntad y cada hombre razonaba por sí mismo.

Fue en esta situación, confusa e inspiradora por igual, que el caballero, el comerciante, el agricultor, el comerciante y el trabajador se apartaron de todas las comodidades del hogar para desempeñar el papel de soldados y someterse a los rigores de una campaña de invierno. El tan juicioso retraso en la retirada dio tiempo a que los refuerzos voluntarios se unieran al general Washington en el Delaware.

El Abate también se equivoca al decir que el ejército americano cayó *accidentalmente* sobre Trenton. Era el objetivo mismo por el que el General Washington cruzó el Delaware en plena noche y en medio de la nieve, las tormentas y el hielo y por el que volvió a cruzar inmediatamente con sus prisioneros, tan pronto como hubo cumplido su propósito. La empresa prevista tampoco era un secreto para el enemigo, ya que un oficial británico de Princeton envió una carta, encontrada posteriormente por los americanos, al coronel Rolle, que comandaba a los hessianos en Trenton. Sin embargo, el puesto fue completamente sorprendido. Una pequeña circunstancia que tenía la apariencia de un error por parte de los americanos, condujo a un error más capital y real por parte de Rolle.

El caso fue el siguiente. Un oficial que no estaba al tanto del ataque previsto había enviado un destacamento de veinte o treinta americanos al otro lado del río desde un puesto situado unas millas más arriba; estos fueron recibidos por un cuerpo de hessianos en la noche a la que apuntaba la información, que era la noche de Navidad, y fueron rechazados. No apareció nada más y los hessianos, confundiendo esto con el grupo de avanzada, supusieron que la empresa, que en ese momento no había comenzado, estaba en desbandada y bajo esta idea volvieron a sus cuarteles; de modo que, lo que podría haber provocado una alarma y llevado a los americanos a una emboscada, sirvió para quitar la fuerza de una información y promover el éxito de la empresa. Poco después del amanecer, el general Washington entró en la ciudad y, tras una pequeña oposición, se hizo dueño de ella con más de novecientos prisioneros.

Esta combinación de circunstancias equívocas, que caen dentro de lo que el Abate denomina «el amplio imperio de la casualidad», habría proporcionado un buen campo para el pensamiento y desearía, en aras de esa elegancia de la reflexión que es tan capaz de utilizar, que lo hubiera explorado.

Pero la acción de Princeton fue acompañada por una situación aún más embarazosa y seguida de consecuencias más extraordinarias. En esta ocasión, los americanos, por un afortunado movimiento de mando, no solo desbarataron y derrotaron todos los planes de los británicos en el momento previsto para su ejecución, sino que sacaron de sus puestos al enemigo al que no eran capaces de expulsar y le obligaron a cerrar la campaña. Como esta circunstancia es una curiosidad de la guerra y no es bien comprendida en Europa, relataré tan concisamente como pueda las partes principales que puedan servir para evitar que los futuros historiadores se equivoquen, recuperando así del olvido una escena de magnífica fortaleza.

Inmediatamente después de la sorpresa de los hessianos en Trenton, el general Washington volvió a cruzar el Delaware, que en este lugar tiene tres cuartos de milla de anchura, y volvió a ocupar su antiguo puesto en el lado de Pensilvania. Trenton permanecía desocupado y el enemigo estaba apostado en Princeton, a doce millas de distancia, en el camino hacia Nueva York. El tiempo era ahora muy severo y como había muy pocas casas cerca de la costa donde el General Washington había tomado su puesto, la mayor parte de su ejército permaneció en los bosques y campos. Estas, junto con otras circunstancias, indujeron a volver a cruzar el Delaware y tomar posesión de Trenton. Fue sin duda una aventura audaz y llevó consigo la apariencia de desafío, especialmente si consideramos la condición de pánico del enemigo al perder el puesto hessiano. Pero para dar una idea justa del asunto es necesario que describa el lugar.

Trenton está situado en un terreno elevado, a unos tres cuartos de milla de distancia del Delaware, en el lado Este de Jersey, y está cortado en dos divisiones por un pequeño arroyo o riachuelo, suficiente para hacer girar un molino que está en él, después de lo cual se vacía casi en ángulo recto en el Delaware. La división superior, que es la del noreste, contiene unas setenta u ochenta casas y la inferior unas cuarenta o cincuenta. El terreno a cada lado de este arroyo, y en el que se encuentran las casas, es igualmente ascendente, y las dos divisiones presentan una agradable perspectiva la una de la otra, con el arroyo entre ellas, sobre el que hay un pequeño puente de piedra de un arco.

Apenas el General Washington tomó posesión de su puesto aquí, y antes de que los diversos grupos de milicianos allí destacados o en camino pudieran ser reunidos, los británicos, dejando atrás una fuerte guarnición en Princeton, marcharon repentinamente y entraron en Trenton por el barrio superior o noreste. Una parte de los americanos escaramuzó con la avanzadilla de los

británicos para ganar tiempo y retirar las provisiones y el equipaje y retirarse por el puente.

En poco tiempo, los británicos estaban en posesión de una mitad de la ciudad y el general Washington de la otra, y solo el arroyo separaba a los dos ejércitos. No podía haber una situación más crítica que esta, y si alguna vez el destino de América dependió de los acontecimientos de un día, fue esa. El Delaware se estaba llenando rápidamente de grandes capas de hielo y era intransitable. Por supuesto, no se podía realizar ninguna retirada hacia Pensilvania, ni es posible, frente a un enemigo, pasar un río de tal extensión. Los caminos estaban rotos y escarpados por la escarcha, y la carretera principal estaba ocupada por el enemigo.

Hacia las cuatro de la tarde, un grupo de británicos se acercó al puente con la intención de tomarlo, pero fue rechazado. No hicieron más intentos, aunque el arroyo es transitable en cualquier parte entre el puente y el Delaware. Corre en una zanja escarpada y natural, sobre la cual una persona puede pasar con poca dificultad, siendo la corriente rápida y poco profunda. Al anoecer, los británicos, creyendo que tenían todas las ventajas que podían desear y que podían utilizarlas cuando quisieran, suspendieron todas las operaciones y se prepararon para atacar a la mañana siguiente.

Pero la mañana siguiente produjo una escena tan elegante como inesperada. Los británicos estaban armados y listos para marchar a la acción, cuando un miembro de la caballería ligera de Princeton bajó furiosamente por la calle con la noticia de que el General Washington había atacado y tomado esa mañana el puesto británico en aquel lugar y que estaba procediendo a tomar el polvorín de Brunswick, ante lo cual los británicos, que estaban entonces a punto de hacer un asalto al campamento evacuado de los americanos, dieron la vuelta, y en un ataque de consternación marcharon hacia Princeton.

Esta retirada es una de esas circunstancias extraordinarias que en épocas futuras probablemente pasarán a ser una fábula. Porque difícilmente se creará que dos ejércitos, de los que dependían consecuencias tan importantes, se amontonaran en un espacio tan pequeño como Trenton y que el uno, en la víspera de un combate, cuando se supone que todos los oídos están abiertos y se emplea todo tipo de vigilancia, se alejara completamente del terreno, con todas sus provisiones, equipaje y artillería, sin que el otro lo supiera. Y los británicos estaban tan engañados, que cuando escucharon el lejano rumor del cañón y las armas ligeras en Princeton, supusieron que era un trueno, aunque en pleno invierno.

El general Washington, para cubrir y disimular mejor su retirada de Trenton, había ordenado que se encendiera una línea de fuegos delante de su campamento. Estas no solo sirvieron para dar la apariencia de ir a descansar y continuar con ese engaño, sino que ocultaron eficazmente a los británicos

lo que estaba pasando detrás de ellas, ya que no se pudo ver a través de las llamas más que a través de un muro y, en esta situación, puede decirse con propiedad que se convirtieron en una columna de fuego para un ejército y en una columna de nube para el otro³. Después de esto, tras una marcha tortuosa de unas dieciocho millas, los americanos llegaron a Princeton a primera hora de la mañana.

El número de prisioneros tomados fue de entre doscientos y trescientos, con los que el general Washington se puso inmediatamente en marcha. La vanguardia del ejército británico procedente de Trenton entró en Princeton aproximadamente una hora después de que los americanos la hubieran abandonado y, continuando su marcha durante el resto del día, llegaron por la tarde a una situación conveniente a lo largo del camino principal hacia Brunswick y a unas dieciséis millas de distancia de Princeton. Pero estaban tan cansados y agotados con el servicio y la fatiga continuos e ininterrumpidos de dos días y una noche, de acción en acción, sin refugio y casi sin refrescarse, que el suelo desnudo y congelado, sin más cobertura que el cielo, se convirtió para ellos en un lugar de cómodo descanso. Con estos dos acontecimientos, y con una fuerza comparativa escasa para llevarlos a cabo, los americanos cerraron con ventajas una campaña que, solo unos días antes, amenazaba con la destrucción del país. El ejército británico, temiendo por la seguridad de sus arsenales en Brunswick, a dieciocho millas de distancia, marchó inmediatamente hacia ese lugar, al que llegó a última hora de la tarde y del que no hizo ningún intento de moverse durante casi cinco meses.

Habiendo expuesto así los principales rasgos de estas dos interesantísimas acciones, las dejaré ahora para corregir al Abate en su erróneo relato de la deuda y el papel moneda de América, en el que, hablando de estos asuntos, dice:

Estas riquezas ideales fueron rechazadas. Cuanto más se instaba a su multiplicación por la necesidad, mayor era su depreciación. El Congreso se indignó ante la afrenta que se hacía a su dinero, y declaró traidores a su patria a todos los que no lo recibían como hubieran recibido el oro mismo.

¿No sabía este órgano que los prejuicios no son más dominables que los sentimientos? ¿No percibió que, en la presente crisis, todo hombre racional temería exponer su fortuna? ¿No vio que, al principio de una república, se permitía a sí misma el ejercicio de tales actos de despotismo que no se conocen ni siquiera en los países que se han acostumbrado a la servidumbre y la opresión? ¿Podía pretender que no castigaba la falta de confianza con las sanciones que apenas hubieran merecido la

³ N. del T. *Éxodo* 13:17-22

revuelta y la traición? De todo esto era consciente el Congreso. Pero no tenía elección de medios. Sus despreciados y despreciables trozos de papel estaban realmente treinta veces por debajo de su valor original cuando se ordenó la fabricación de más. El 13 de septiembre de 1779, había de este papel en circulación la cantidad de 35.544.155 libras. El Estado debía además 8.385.356£, sin contar las deudas particulares de cada provincia.

En los pasajes citados, el Abate habla como si los Estados Unidos hubieran contraído una deuda de más de cuarenta millones de libras esterlinas además de las deudas de los Estados individuales. Después, hablando del comercio exterior con América, dice que «aquellos países de Europa que son verdaderamente comerciales, sabiendo que América del Norte se había visto reducida a contraer deudas incluso en la época de su mayor prosperidad, pensaron sabiamente que, en su actual aflicción, no podría pagar más que muy poco por lo que se le pudiera proveer».

Sé que debe ser extremadamente difícil hacer comprender a los extranjeros la naturaleza y las circunstancias de nuestro papel moneda, porque hay nativos que tampoco lo entienden. Pero con nosotros su destino está ahora marcado. El consentimiento común lo ha consignado al descanso con esa clase de consideración que el largo servicio de las cosas inanimadas insensiblemente obtiene de la humanidad. Cada piedra del puente que nos ha llevado a través de él parece tener derecho a nuestra estima. Pero esta era una piedra angular y su utilidad no puede ser olvidada. Hay algo en una mente agradecida que se extiende incluso a las cosas que no pueden ser beneficiadas por la consideración ni sufrir por la negligencia; pero así es; y casi todos los hombres son sensibles al efecto.

Pero volvamos. El papel moneda, aunque emitido por el Congreso con el nombre de dólares, no salió de ese organismo siempre con ese valor. Los que se emitieron el primer año eran iguales al oro y la plata. El segundo año menos, el tercero aún menos y así sucesivamente durante casi el espacio de cinco años; al final de los cuales, me imagino, el valor total al que el Congreso podría pagar las diversas emisiones, tomándolas en conjunto, era de unos diez o doce millones de libras esterlinas.

Ahora bien, como se habrían necesitado diez o doce millones de libras esterlinas de impuestos para llevar a cabo la guerra durante cinco años y como mientras este dinero se emitía y asimismo se depreciaba hasta desaparecer no se pagó ningún impuesto, o se pagaron pocos impuestos de valor, en consecuencia, el acontecimiento para el público fue el mismo, tanto si hundían diez o doce millones de dinero gastado por depreciación como si pagaban diez o doce millones por impuestos; así pues, como no hicieron ambas cosas y optaron por hacer una, el asunto resulta indiferente desde un punto de vista general. Y por

lo tanto, lo que el Abate supone como una deuda, no tiene ahora existencia; habiendo sido pagada por todo el mundo, que consintió en reducir a su propia costa del valor de los billetes que continuamente pasaban entre ellos una suma igual, casi, a lo que el gasto de la guerra fue por cinco años.

De nuevo. Habiendo cesado ahora el papel moneda, y con él la depreciación, y habiendo tomado el oro y la plata su lugar, la guerra se llevará a cabo por medio de los impuestos, que extraerán del público una suma considerablemente menor que la que extrajo la depreciación; pero como mientras pagan lo primero no sufren lo segundo, y como cuando sufrieron lo segundo no pagaron lo primero, la cosa será casi igual, con la ventaja moral de que los impuestos provocan frugalidad y reflexión y la depreciación produce disipación y descuido.

Y además. Si la porción de impuestos de un hombre resulta menor que lo que perdió por la depreciación, esto demuestra que la alteración es a su favor. Si llega a ser más, y se le evalúa justamente, esto demuestra que no sostuvo su parte apropiada de depreciación, porque la una era tan operativamente su impuesto como la otra.

Es cierto que nunca se pretendió, ni se previó, que la deuda contenida en el papel moneda se hundiera de esta manera; pero como, por la conducta voluntaria de todos y cada uno, ha llegado a este destino, la deuda es pagada por quienes la debían. Tal vez nada haya sido tan universalmente el acto de un país como esto. El gobierno no tuvo nada que ver en ello. Cada hombre depreció su propio dinero por su propio consentimiento, pues tal fue el efecto que produjo el aumento del valor nominal de los bienes. Pero, como por esa reducción sufrió una pérdida igual a la que debió haber pagado para hundirlo por medio de los impuestos, por lo tanto es de justicia considerar su pérdida por la depreciación como su impuesto por ese tiempo, y no gravarle cuando la guerra haya terminado para hacer ese dinero, que se convirtió en nada en sus manos, bueno en manos de cualquier otra persona.

De nuevo. El papel moneda fue emitido con el propósito expreso de llevar a cabo la guerra. Ha realizado ese servicio, sin ninguna otra carga material para el público, mientras duró. Pero suponer, como hicieron algunos, que al final de la guerra se convertiría en oro o plata, o que sería igual a ellos, era suponer que íbamos a obtener doscientos millones de dólares por *ir a la guerra* en lugar de *pagar* el costo de llevarla a cabo.

Pero si hay algo en la situación de América, en cuanto a su moneda o sus circunstancias, que aún no se entiende, entonces que se recuerde que esta guerra es la guerra del público: la guerra del país. Es *su* independencia la que debe ser apoyada, *su* propiedad la que debe ser asegurada, *su* país el que debe ser salvado. Aquí, el gobierno, el ejército y el pueblo son mutua y recíprocamente uno. En otras guerras, los reyes pueden perder sus tronos y sus dominios, pero aquí la pérdida debe recaer en la majestuosidad de la multitud y en la propiedad

que están luchando por salvar. Siendo todo hombre consciente de esto, va al campo o paga su parte de la carga como soberano de sus propias posesiones; y cuando es conquistado, un monarca cae.

La observación que el Abate ha hecho en la conclusión del pasaje, con respecto a las deudas contraídas por América en la época de su prosperidad (con lo que quiere decir, antes del estallido de las hostilidades) sirve para mostrar, aunque no era su intención, la gran diferencia comercial entre un país dependiente y uno independiente. En un estado de dependencia, y con un comercio encadenado, aunque con todas las ventajas de la paz, el comercio de América no podía equilibrarse y anualmente se endeudaba. Pero ahora, en un estado de independencia, aunque envuelto en la guerra, no necesita crédito: sus almacenes están llenos de mercancías y el oro y la plata se han convertido en la moneda del país. Es difícil explicar cómo se han establecido estas cosas: Pero son hechos, y los hechos son más poderosos que los argumentos.

Como es probable que esta carta se repita en Europa, las observaciones que aquí se exponen servirán para mostrar la extrema insensatez de Gran Bretaña al depositar sus esperanzas de éxito en la extinción de nuestro papel moneda. La expectativa es a la vez tan infantil y desesperada, que la coloca en la risible condición de un león hambriento que busca su presa en una tela de araña.

A partir de este relato de la moneda, el Abate procede a exponer la condición de América en el invierno de 1777 y en la primavera siguiente, y concluye sus observaciones mencionando el tratado de alianza, que se firmó en Francia, y las propuestas del Ministerio británico, que fueron rechazadas en América. Pero en la forma en que el Abate ha organizado sus hechos hay un error muy material en el que no solo él, sino también otros historiadores europeos, han caído; ninguno de ellos ha asignado la verdadera causa por la que las propuestas británicas fueron rechazadas y todos ellos han asignado una equivocada.

En el invierno de 1777 y la primavera siguiente, el Congreso estaba reunido en Yorktown en Pensilvania, los británicos estaban en posesión de Filadelfia, y el General Washington con el ejército estaba acampado en cabañas en Valley Forge a veinticinco millas de distancia. Para todos los que pueden recordar, fue una temporada de dificultades, pero no de desesperación; y el Abate, hablando de este período y sus inconvenientes, dice:

Una multitud de privaciones, sumadas a tantas otras desgracias, podrían hacer que los americanos lamentaran su anterior tranquilidad e inclinarlos a un acuerdo con Inglaterra. En vano el pueblo había sido vinculado al nuevo gobierno por el carácter sagrado de los juramentos y la influencia de la religión. En vano se había tratado de convencerlos de que era imposible tratar con seguridad con un país en el que un parlamento podía anular lo que había sido establecido por otro. En vano se les había amenazado con el eterno resentimiento de un enemigo

exasperado y vengativo. Era posible que estos problemas lejanos no se equilibraran con el peso de los males presentes.

«Así pensó el Ministerio Británico cuando envió al nuevo mundo agentes públicos autorizados a ofrecer todo excepto la independencia a estos mismos americanos de quienes dos años antes habían exigido una sumisión incondicional. No es improbable que con este plan de conciliación, unos meses antes, se hubiera producido algún efecto. Pero en el momento en que fue propuesto por la Corte de Londres fue rechazado con desdén porque esta medida no parecía sino un argumento de miedo y debilidad. El pueblo ya estaba reafirmado. El Congreso, los generales, las tropas, los hombres audaces y hábiles en cada colonia se habían posesionado de la autoridad; todo había recuperado su primer espíritu. *Este fue el efecto de un tratado de amistad y comercio entre los Estados Unidos y la Corte de Versalles, firmado el seis de febrero de 1778.*

Sobre este pasaje del Abate, no puedo dejar de observar que unir el tiempo con las circunstancias es un detalle material en la historia; la falta del cual frecuentemente la arroja a una confusión y error interminables, ocasiona una separación total entre las causas y las consecuencias, y las conecta con otras que no están relacionadas inmediatamente ni, a veces, en absoluto.

El Abate, al decir que las ofertas del Ministerio Británico «fueron rechazadas con desdén», tiene *razón* en cuanto al *hecho*, pero se *equivoca* en cuanto al *tiempo*; y este error en el tiempo, le ha hecho equivocarse en la causa.

La firma del Tratado de París, el 6 de febrero de 1778, no podía tener ningún efecto en la mente o la política de América hasta que *se conociera en América* y, por lo tanto, cuando el Abate dice que el rechazo de las ofertas británicas fue a consecuencia de la alianza, debe querer decir que fue a consecuencia de que la alianza *se conociera* en América, lo cual no fue el caso. Y por este error no solo le quita a ella la reputación que merece su inquebrantable fortaleza en esa difícil situación, sino que además la lleva a suponer muy perjudicialmente que *si no hubiera conocido* el tratado, las ofertas probablemente habrían sido aceptadas; mientras que ella no sabía nada del tratado en el momento del rechazo, y en consecuencia no las rechazó por ese motivo.

Las propuestas u ofertas mencionadas anteriormente estaban contenidas en dos proyectos de ley presentados en el Parlamento británico por Lord North el 17 de febrero de 1778. Estos proyectos de ley atravesaron ambas cámaras con una rapidez inusual y, antes de que hubieran pasado por todas las formalidades habituales del Parlamento, se enviaron copias de los mismos a Lord Howe y al General Howe, entonces en Filadelfia, que también eran comisionados. El General Howe ordenó que se imprimieran en Filadelfia y envió copias por

bandera al General Washington para que fueran remitidas al Congreso en Yorktown, donde llegaron el 21 de abril de 1778. Hasta aquí la llegada de los proyectos de ley a América.

El Congreso, como es su costumbre, nombró un comité de entre sus miembros para examinarlos e informar al respecto. El informe se presentó al día siguiente (el 22), se leyó y se acordó por unanimidad, se anotó en sus diarios y se publicó para información del país. Ahora bien, este informe debe ser el rechazo al que alude el Abate, porque el Congreso no dio ninguna otra opinión formal sobre esos proyectos de ley y propuestas. Sería a raíz de una solicitud posterior de los comisionados británicos, fechada el 27 de mayo y recibida en Yorktown el 6 de junio, que el Congreso les remitió inmediatamente como respuesta sus resoluciones impresas del 22 de abril. Hasta aquí el rechazo de las ofertas.

El 2 de mayo, es decir, once días después de que se produjera el rechazo anterior, el tratado entre los Estados Unidos y Francia llegó a Yorktown; y hasta ese momento el Congreso no tenía la menor noticia o idea de que tal medida estuviera en vías de ejecución. Pero para que esta declaración mía no pase de ser una mera afirmación, la apoyaré con pruebas, ya que es importante para el carácter y el principio de la revolución demostrar que ninguna condición de América desde la declaración de independencia, por más difícil y severa que haya sido, ha producido la más remota idea de cederla, ya sea por la fuerza, la angustia, el artificio o la persuasión. Y esta prueba es aún más necesaria, puesto que el sistema del ministerio británico en ese momento, así como antes y después, era sostener ante las potencias europeas que América no era constante en sus resoluciones y política; esperando con este artificio disminuir su reputación en Europa, y debilitar la confianza que esas potencias podrían estar inclinadas a poner en ella.

En el momento en que se tramitaban estos asuntos yo era secretario en el departamento de asuntos exteriores del Congreso. Todas las cartas políticas de los comisionados americanos pasaron por mis manos, y todas las que fueron escritas oficialmente salieron de mi oficina; era imposible que el Congreso supiera algo de la firma del tratado en el momento en que rechazaron las ofertas británicas puesto que no habían recibido una línea de información de sus Comisionados en París, sobre cualquier tema, por más de un año. Probablemente la pérdida del puerto de Filadelfia y la navegación del Delaware, junto con el peligro de los mares, cubiertos en ese momento con cruceros británicos, contribuyeron a la decepción.

Es cierto que un paquete llegó a Yorktown el mes de enero anterior, es decir, unos tres meses antes de la llegada del tratado; pero, por extraño que parezca, todas las cartas habían sido retiradas antes de ser embarcadas en el buque que las trajo de Francia, y en su lugar se colocó papel blanco.

Habiendo declarado así el momento en que se recibieron por primera vez las propuestas de los comisionados británicos, e igualmente el momento en que llegó el tratado de alianza, y demostrando que el rechazo de las primeras fue once días anterior a la llegada del segundo y sin el menor conocimiento de que tal circunstancia hubiera tenido lugar o estuviera a punto de tener lugar, el rechazo, por lo tanto, debe ser atribuido a los sentimientos fijos e invariables de América con respecto al enemigo con el que está en guerra y su determinación de apoyar su independencia hasta el último esfuerzo posible, y no a cualquier nueva circunstancia que haya tenido lugar a su favor, que en ese momento ni sabía ni podía saber.

Además, hay un vigor de determinación y un espíritu de desafío en el lenguaje del rechazo (que aquí reflejo), que obtiene su mayor gloria al aparecer antes de que se conociera el tratado; porque aquello que es valentía en la angustia se convierte en insulto en la prosperidad, y el tratado colocó a América sobre una base tan fuerte que, si se hubiera sabido entonces, la respuesta dada habría aparecido más bien como un aire de triunfo que como la brillante serenidad de la fortaleza.

En general, el Abate parece haber confundido completamente el asunto; pues en lugar de atribuir el rechazo de las proposiciones a *nuestro conocimiento* del tratado de alianza, debería haber atribuido el origen de las mismas en el gabinete británico, a *su conocimiento* de ese hecho. Y entonces la razón por la que se apresuraron a llegar a América en forma de proyectos de ley, es decir, antes de que se convirtieran en leyes, se explica fácilmente, y es que así tenían la oportunidad de llegar a América antes de que se conociera el tratado, lo que tuvieron la suerte de hacer, y allí encontraron el destino que tanto merecían. Que estos proyectos de ley fueron presentados en el Parlamento Británico después de la firma del tratado con Francia, se demuestra por las fechas: El tratado fue el 6, y los proyectos de ley el 17 de febrero. Y que la firma del tratado era conocida en el Parlamento cuando los proyectos de ley fueron presentados, también se demuestra por un discurso del Sr. Charles Fox, quien el mencionado 17 de febrero, en respuesta a Lord North, informó a la Cámara de que el tratado había sido firmado y desafió el conocimiento que el Ministro tenía del mismo hecho⁴.

⁴ N. del A. En el CONGRESO, el 22 de abril de 1778.

La comisión a la que se remitió la carta del General del día 18, que contenía un cierto documento impreso enviado desde Filadelfia, que pretendía ser el borrador de un proyecto de ley para declarar las intenciones del Parlamento de Gran Bretaña, en cuanto al ejercicio de lo que ellos se complacen en llamar su derecho a imponer impuestos dentro de estos Estados Unidos: y también el borrador de un proyecto de ley para permitir al Rey de Gran Bretaña nombrar comisionados, con poderes para tratar, consultar y acordar los medios para calmar ciertos desórdenes dentro de dichos estados, se permite observar:

Que, dado que dicho documento está siendo distribuido por emisarios del enemigo, de manera parcial y secreta, debería ser impreso inmediatamente para la información pública.

El comité no puede determinar si el contenido de dicho documento ha sido redactado en Filadelfia o en Gran Bretaña, y mucho menos si el mismo está real y verdaderamente destinado a

ser presentado ante el Parlamento de ese Reino, o si dicho Parlamento le conferirá las solemnidades habituales de sus leyes. Pero nos inclinamos a creer que esto sucederá, por las siguientes razones:

1°. Porque su General ha hecho varios esfuerzos débiles para poner en marcha algún tipo de tratado durante el último invierno, aunque, ya sea por una idea errónea de su propia dignidad e importancia, la falta de información, o alguna otra causa, no ha hecho la solicitud a los que están investidos de una autoridad adecuada.

2°. Porque suponen que la idea falaz de un cese de hostilidades hará que estos estados sean negligentes en sus preparativos para la guerra.

3°. Porque creyendo que los americanos están cansados de la guerra, suponen que accederemos a sus condiciones en aras de la paz.

4°. Porque suponen que nuestras negociaciones pueden estar sujetas a una influencia corrupta similar a la de sus debates.

5°. Porque esperan de este paso los mismos efectos que tuvieron de lo que uno de sus ministros consideró apropiado llamar su moción conciliadora, es decir, que impedirá que las potencias extranjeras den ayuda a estos estados; que llevará a sus propios súbditos a continuar un poco más la guerra actual: y que desprenderá a algunos hombres débiles en América de la causa de la libertad y la virtud.

6°. Porque su Rey, por su propia demostración, tiene razones para temer que sus flotas y ejércitos, en lugar de ser empleados contra los territorios de estos estados, serán necesarios para la defensa de sus propios dominios. Y,

7°. Porque la impracticabilidad de subyugar a este país es cada día más evidente, es su interés salir de la guerra en cualquier condición.

El comité se permite además observar que, en el supuesto de que los asuntos contenidos en dicho documento se incluyan realmente en los libros de leyes británicos, sirven para mostrar, desde un punto de vista claro, la debilidad y la maldad del enemigo.

SU DEBILIDAD.

1°. Porque anteriormente declararon, no solo que tenían el derecho de obligar a los habitantes de estos estados en todos los casos, sino también que dichos habitantes debían someterse absoluta e incondicionalmente al ejercicio de ese derecho. Y esta sumisión han intentado exigirla por medio de la espada. Por lo tanto, el hecho de renunciar a esta pretensión, en las circunstancias actuales, demuestra su incapacidad para hacerla valer.

2°. Porque su Príncipe ha rechazado hasta ahora las más humildes peticiones de los representantes de América, solicitando que se les considere como súbditos y se les proteja en el disfrute de la paz, la libertad y la seguridad; y ha librado una guerra sumamente cruel contra ellos, y ha empleado a los salvajes para masacrar a mujeres y niños inocentes. Pero ahora el mismo Príncipe pretende tratar con esos mismos representantes, y conceder a los ejércitos de América lo que negó a quienes le rogaban.

3°. Porque han trabajado uniformemente para conquistar este continente, rechazando toda idea de acomodación que se les ha propuesto, desde la confianza en su propia fuerza. Por lo tanto, es evidente, por el cambio en su modo de ataque, que han perdido esta confianza. Y,

4°. Porque el lenguaje constante, usado no solo por sus ministros, sino en los actos más públicos y auténticos de la nación, es incompatible con su dignidad al tratar con los americanos mientras tengan armas en sus manos. A pesar de lo cual, ahora está a punto de hacerse una oferta de tratado.

LA MALDAD E INSINCERIDAD DEL ENEMIGO SE DESPRENDE DE LAS SIGUIENTES CONSIDERACIONES:

1°. O los proyectos de ley que ahora se van a aprobar contienen una cesión directa o indirecta de una parte de sus antiguas reclamaciones, o no la contienen. Si lo hacen, entonces se reconoce que han sacrificado a muchos hombres valientes en una disputa injusta. Si no lo hacen, entonces están calculados para engañar a América en términos en los que ni la discusión antes de la guerra ni la fuerza desde entonces podrían procurar su asentimiento.

2°. El primero de estos proyectos de ley parece ser, por su título, una declaración de las intenciones del Parlamento británico respecto al ejercicio del derecho de imponer impuestos dentro de estos estados. Por lo tanto, si estos estados negociaran bajo dicho proyecto de ley, reconocerían indirectamente ese derecho, para obtener cuyo reconocimiento se ha emprendido y proseguido

abiertamente la presente guerra por parte de Gran Bretaña.

3°. Si ese pretendido derecho fuera admitido, entonces, en consecuencia, el mismo derecho podría ser ejercido cuando el Parlamento británico se encontrara en un temperamento y disposición diferentes; ya que debe depender de esas y otras contingencias similares hasta qué punto los hombres actuarán de acuerdo con sus intenciones anteriores.

4°. El mencionado primer proyecto de ley, en su cuerpo, no contiene ningún asunto nuevo, sino que es precisamente el mismo que la moción antes mencionada, y está sujeto a todas las objeciones que se oponen a dicha moción, excepto la siguiente, a saber, que por la moción la tributación real debía suspenderse mientras América diera tanto como el mencionado Parlamento considerara apropiado; mientras que, por el proyecto de ley propuesto, debe suspenderse mientras los futuros parlamentos continúen con la misma mentalidad que el presente.

5°. Del segundo proyecto de ley se desprende que el Rey británico puede, si lo desea, nombrar comisionados para tratar y acordar con quienes le plazca una serie de cosas que se mencionan en él. Pero tales tratados y acuerdos no tendrán validez sin el consentimiento de dicho Parlamento, excepto en lo que se refiere a la suspensión de las hostilidades y de algunos de sus actos, la concesión de indultos y el nombramiento de gobernadores para estos estados soberanos, libres e independientes. Por lo tanto, dicho Parlamento se ha reservado, en palabras expresas, el poder de anular cualquier tratado de este tipo y aprovechar cualquier circunstancia que pueda surgir para someter a este continente a sus usurpaciones.

6°. El mencionado proyecto de ley, al proponer una oferta de perdón, implica una criminalidad en nuestra justificada resistencia y, en consecuencia, negociar en virtud del mismo sería un reconocimiento implícito de que los habitantes de estos estados son lo que Gran Bretaña ha declarado que son: Rebeldes.

7°. Siendo los habitantes de estos estados reclamados por ellos como súbditos, pueden inferir de la naturaleza de la negociación que ahora se pretende poner en marcha que dichos habitantes estarían después obligados por las leyes que ellos dicten. Por lo tanto, cualquier acuerdo celebrado en dicha negociación podría ser revocado en cualquier momento futuro. Y,

8°. Porque dicho proyecto de ley pretende que los comisionados mencionados puedan tratar con particulares: una medida altamente despectiva para la dignidad del carácter nacional.

De todo lo cual resulta evidente para su comité que dichos proyectos de ley tienen la intención de operar sobre las esperanzas y los temores de la buena gente de estos estados, a fin de crear divisiones entre ellos y una deserción de la causa común que, ahora, por la bendición de la Divina Providencia, se acerca a un resultado favorable. Que son la consecuencia de ese insidioso plan que, desde los días de la Ley del Timbre hasta el presente, ha envuelto a este país en disputas y derramamiento de sangre. Y que, al igual que en otros casos, en este, aunque las circunstancias los obliguen a veces a retroceder en sus injustificables reclamos, no puede haber duda de que, como hasta ahora, en la primera ocasión favorable, volverán a mostrar ese deseo de dominación que ha partido en dos el poderoso imperio de Gran Bretaña.

Sobre todo este asunto, el comité pide permiso para informar de que, en su opinión, como los americanos se unieron en esta ardua contienda sobre principios de interés común, para la defensa de los derechos y privilegios comunes, cuya unión ha sido cimentada por las calamidades comunes y por los buenos oficios y el afecto mutuos, la gran causa por la que contienden, y en la que toda la humanidad está interesada, debe derivar su éxito de la continuidad de esa unión. Por lo tanto, cualquier hombre, o cuerpo de hombres, que se atreva a hacer cualquier convención o acuerdo separado o parcial con comisionados bajo la Corona de Gran Bretaña, o cualquiera de ellos, debe ser considerado y tratado como enemigo abierto y declarado de los Estados Unidos.

Y además, su comité solicita permiso para informar de que, en su opinión, estos Estados Unidos no pueden, con propiedad, mantener ninguna confianza o tratado con ningún comisionado de parte de Gran Bretaña, a menos que, como paso previo, se retiren sus flotas y ejércitos, o bien, en términos positivos y expresos, se reconozca la independencia de dichos estados.

Y como parece ser el propósito de los enemigos de estos estados adormecerlos en una seguridad fatal, con el fin de poder actuar con mayor peso e importancia, la opinión de su comité es que se pida a los diversos estados que hagan los mayores esfuerzos para tener sus respectivas cuotas de tropas continentales en el campo de batalla tan pronto como sea posible, y que toda la «milicia» de dichos estados esté preparada para actuar según la ocasión lo requiera.

Aunque no me sorprende que el Abate se equivoque en cuestiones de historia, acaecidas a tal distancia de su esfera de observación inmediata, sí me sorprende más que se equivoque (o al menos así me lo parece) en el bien ilustrado campo de la reflexión filosófica. Aquí los materiales son propios, creados por él mismo, y el error, por tanto, es un acto de la mente.

La siguiente es la respuesta del Congreso a la segunda solicitud de los comisionados:

Yorktown, 6 de junio de 1778.

«SIR:

«He tenido el honor de presentar su carta del día tres del corriente, con las actas del Parlamento británico que se adjuntan, ante el Congreso: y tengo instrucciones de informarle, señor, de que ya han expresado sus sentimientos sobre proyectos de ley, no esencialmente diferentes de esas actas, en una publicación del veintidós de abril pasado.

«Tenga la seguridad, señor, de que cuando el Rey de Gran Bretaña esté seriamente dispuesto a poner fin a la guerra cruel y no provocada que se libra contra estos Estados Unidos, el Congreso estará dispuesto a aceptar las condiciones de paz que sean compatibles con el honor de las naciones independientes, el interés de sus constituyentes y la sagrada consideración que quieren dar a los tratados. Tengo el honor de ser, Señor,

Su más obediente, y
humilde servidor».

HENRY LAURENS,
Presidente del Congreso.

Su Excelencia,
Sir Henry Clinton. KB, Filadelfia.

